

CON DANIEL CHAVARRÍA

Nuestro hombre en La Habana

En estos días llegó a Uruguay. Es autor, entre varios títulos, de "Allá ellos" y "El ojo dindymenio" con el que ganó este año, en México, el Premio Planeta. Nacido en San José de Mayo en 1933, recién comenzó a escribir en Cuba, donde vive desde hace más de 20 años.

María Esther Gilio

Primero lo escuché por teléfono, con su acento centroamericano y su lenguaje profuso de habitante de los trópicos. Simpatía desbordante y muchas palabras para expresarla. Luego vino la entrevista y me di cuenta de que, en el frente a frente, la exuberancia era menos manifiesta y el tropicalismo adquirido en veinte y tantos años de Cuba no conseguía borrar la melancolía y el escepticismo, marca de Río de la Plata. Entonces le pregunté cómo se podía hablar con un acento tan cubano.

—Sólo alguien que no es cubano puede creer que mi acento es "tan cubano". En Cuba saben que no lo es en cuanto digo a. Por otra parte debo decirle que nunca he defendido mi acento, el que llevaba cuando salí de Uruguay. Creo que uno debe ser, lingüísticamente lo que sus circunstancias vitales deciden que sea. Tengo muchos más años fuera de Uruguay que dentro. Estuve casado con una colombiana y viví mucho tiempo en Colombia, Ecuador y, claro, en Cuba. Me fui a Europa con 19 años y allá me fastidiaba que me detectaran como extranjero.

—¿Por qué le fastidiaba?

—Porque tenía ganas de integrarme y si uno es extranjero lo tratan de otra manera. En Cuba, cuando llegué, los uruguayos eran gente muy prestigiosa.

—¿Ahora no?

—Igual, igual. El Uruguay es respetado. Un paísito que cae bien, que no genera ni grandes odios ni grandes envidias. Es distinto el caso de Argentina con sus compadras. Aunque somos casi lo mismo. No sé bien cómo es eso.

—Entonces usted tenía 19 años y se fue. Y ahí comenzó una vida que nos deja atónitos.

—Uy, sí, mi vida. No me diga que tendré, otra vez, que hablar de mi vida. "Cerrajero en un barrio de putas en Hamburgo, buscador de oro en el Amazonas, guía en el Museo del Prado."

—¿Qué pasa? Eso dicen los editores en las solapas de sus libros. ¿Es mentira?

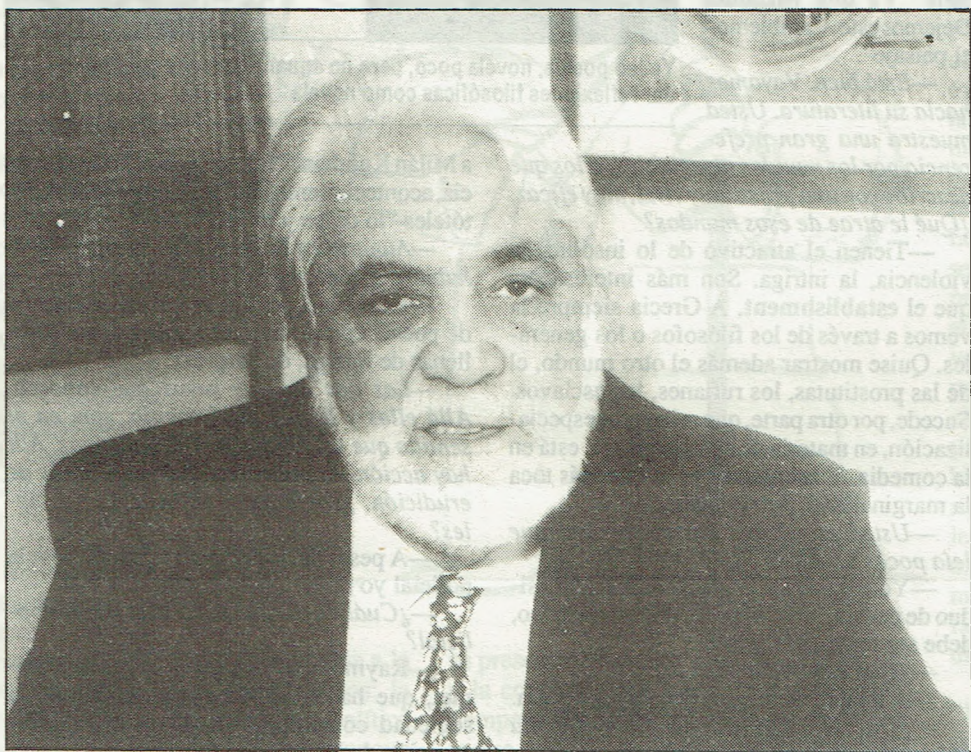
—No, no es mentira. Pero repetido tantas veces, ya me suena casi como una mentira.

—Yo sé que sería imposible describir algunas cosas que usted describe si no las hubiera vivido.

—Claro, pero ocurre que esos episodios sacados de contexto toman dimensiones que no son reales. Las solapas dicen, es cierto, "guía en el Museo del Prado". Mejor decir "más o menos guía en el Museo del Prado". Yo merodeaba en los alrededores del museo, cazaba un turista, cuando éste se dejaba, y le vomitaba un verso que me había aprendido de memoria leyendo Un paseo por el Museo del Prado, de Eugenio D'ors. Y como hablaba tres o cuatro idiomas y estaba bien empilchado...

—Y tenía buena pinta...

—En aquella época muy buena, tenía veinte años. Me liaba con los tipos y los metía allí presentándome como un *connaissanceur*. Y



Daniel Chavarría

"Cerrajero en un barrio de putas de Hamburgo, buscador de oro en el Amazonas, guía en el Museo del Prado..."

entre aquel librito y las vueltas con mis amigos del taller Torres, adonde había ido con frecuencia, yo era lo más parecido que había a un guía de pintura. Era verdad que no entendía nada, pero sabía que era cosa de hablar de "ritmos" y de "texturas". Los engrupía, y cuando terminaba decía: "Son diez dólares", que era una cantidad de plata enorme.

—Y se los daban.

—A veces. Otras no. Y bueno, buscador de oro en el Amazonas.

—Si no buscó "oro en el Amazonas" en Allá ellos habla como si hubiera buscado.

—Fui, sí. Yo estaba huyendo de la dictadura que se había impuesto luego de la caída de Goulart.

—Quiere decir que en el 64 vivía en Brasil.

—Sí, en el 64 yo estaba en Brasil, unido a la izquierda brasileña, en una campaña de alfabetización, pero además trabajaba en teatro.

—Y empezó la caza de brujas.

—Seguro. Había que esconderse. Entonces, el vestuarista del teatro, que era amigo mío, me da un hábito de monje. Con ese hábito me voy a Belén do Pará donde, en la pensión, conozco a un paulista, de origen italiano, un hombre muy fino, un esteta, contemplador de la naturaleza y zoólogo, que sabía los nombres de todos los bichos en latín, y que me presenta a un grupo de buscadores de oro. Con ellos me voy remontando el Tapajoz hasta las nacientes, en unas montañas auríferas de donde el río arrastra oro que es necesario lavar, no pepitas, arenas. De ahí tomé el personaje de Ze Bonitinho. Es decir

que toda esa descripción que a usted le gustó en Allá ellos es verdad.

—También es verdad que desvió un avión hacia Cuba. ¿Por qué fue?

—Yo colaboraba con las guerrillas colombianas y se me puso mala la cosa.

—¿Usted estaba en las montañas con el ELN?

—Estaba con el ELN pero no en las montañas. Yo era gerente de un free shop. Primero en el aeropuerto de El Dorado, en Bogotá, después en Cartagena y después en Buenaventura. Era una red.

—Un lugar bastante insólito para un guerrillero.

—No era guerrillero de matar gente. Nunca tiré un tiro. Y allí era fantástico, porque me movía con soltura. Sacaba gente, introducía armas. Era útil donde estaba, mucho más que tirando tiros.

—Allí tenía unos treinta y pico de años. ¿Fue en ese momento que alquiló en Venezuela un avión, para ir hasta allí nomás y se fue a Cuba?

—Sí, una vez arriba del avión saqué un arma y le dije al aviador: "A Cuba". "Guardese eso —dijo el hombre—, que encantado lo llevo." Y me llevó.

—Cuénteme sobre su primera impresión en esa Cuba que tendría en aquel momento bastantes problemas.

—Yo llego en el 69, en un momento muy difícil. Se estaba preparando la llamada zafra del 70, y había muchos problemas. Se vivía una verdadera crisis. No tan grande como la de ahora pero grave. Y bueno, mis primeras impresiones son muy desagradables. Salir a caminar por las calles de La Habana y no

tener dónde tomar una cerveza o un vaso de agua. Aquel reflejo de parar un taxi que uno traía de cualquier ciudad del mundo, allí había que cortarlo.

—¿Fue tan duro el golpe como para hacer tambalear sus fervores revolucionarios?

—No tanto, no tanto, pero hubo una especie de desgarramiento. La cotidianidad me golpeaba de una manera terrible, pero al mismo tiempo, me fui sintiendo reconfortado de estar allí y participar. En poco tiempo estuve bastante ubicado. Empecé a trabajar en el Ministerio de la Agricultura como traductor. Se me reconocía mucho mi trabajo. Por primera vez en mi vida dejé de tener problemas económicos.

—¿Sí?

—Sí. Mire, yo no soy un vocero de la Revolución Cubana, no repito consignas. Ni digo tonterías oficiales.

—Pero es un buen amigo de Cuba.

—Sí, claro, un buen amigo, que está profundamente agradecido de todo lo que le debo. Entre otras cosas mi condición de escritor.

—¿Por qué? ¿Cómo empezó a escribir?

—Empecé porque tuve tiempo. Y tuve tiempo porque en Cuba se trabaja poco.

—¿Se trabaja poco, pero de ese poco se puede vivir?

—Y sí, con la modestia con que allá se vive, se puede.

—¿Por qué se trabaja poco, por el clima?

—Le doy una idea. Yo fui traductor profesional de literatura en Eudeba, en Buenos Aires. Para vivir de mi trabajo yo, mi mujer y mis hijos, modestamente, yo trabajaba ocho o diez horas diarias. Llego a Cuba, entro al Ministerio y veo que la media es de tres páginas diarias. Trabajando con grabador yo traducía diez por hora, que luego mecanografiaba en cuatro. Es decir que en un día hacía el trabajo de toda la semana. Tanto tiempo me sobraba que me dio para terminar Humanidades, que había empezado aquí, y dejado, porque ganarme la vida me llevaba muchísimo tiempo. Entonces, con todo ese excedente de tiempo que yo tenía en Cuba, al cual se sumaba la falta de preocupaciones sobre el alquiler y sobre "tales o cuales deudas que contraje..."

—Había carencias pero una gran seguridad en los rubros esenciales.

—Exactamente. Me empecé a sentir muy bien. Me reconocían lo que hacía. Se empezó a crear una linda relación con amigos, vecinos, compañeros de trabajo. Aquello fue siendo un pequeño paraíso. Yo diría que desde el año 73 hasta el 88 u 89 nosotros tuvimos allí eso que se llama una alta calidad de vida. De las más altas del mundo. No digo consumo. Espere, espere... ya veo que me va a preguntar qué pasa hoy. Usted ya sabe que hoy en Cuba los problemas son muchos. Estoy cansado de hablar de eso.

—Lo entiendo y no insisto. Cuénteme en cambio cómo recuerda al Uruguay de su partida.

—Yo tenía unos 28 años y trabajaba en varias cosas. Vendía libros, hacía desgrabaciones, pero además estudiaba y militaba en el Partido Comunista. En ese momento, año 61, mi vida se complica en dos aspectos, empieza a marchar mal mi matrimonio y mi relación con el partido.

—¿Qué pasó con el partido?

—Pasó que yo estaba en el trabajo con Cuba y quería reforzar el apoyo a la revolución con un criterio de sumar gente. Allí empieza una cuestión sectaria y tonta de rechazar a éste por tal cosa y al otro por tal otra. Era terrible. No lo soporté. Abandoné el partido aunque no me desafilé. A todo esto se añadieron problemas laborales. Un poco para desenchufar de esta crisis total me voy por unos días a Buenos Aires, donde me ofrecen una traducción que me entusiasmó.

—¿Cuál era el libro?

—No me acuerdo el nombre, pero era el periplo de un marino griego que había salido de la isla de Samos. Algo bien escrito. Terminada la traducción consigo unos guiones para televisión. Me quedé dos años.

—Después de los cuales se va definitivamente.

—Sí, me voy y no regreso hasta 24 años más tarde, a ver a mi madre, que había enfermado.

—¿Cómo vio a Uruguay después de tan larga ausencia?

—Yo no sé si habría cambiado. Sé que lo encontré lindo, lindísimo. Y me ocurrieron cosas curiosas. Recuerdo un día, en que caminando por la calle Colonia, de pronto me doy cuenta de que estoy frente a la Asociación Cristiana de Jóvenes. Me detengo, miro largamente aquel edificio tan vinculado a mi infancia. Y me doy cuenta de que el sentimiento que tengo en ese momento es el de no haber dejado nunca de pasar por allí. Era como si hubiera pasado el día anterior, la semana pasada y hace dos meses, dos años y veinte. Siempre había pasado por ahí en esos 24 años —dijo, y puso ambos puños sobre el pecho, la mirada vuelta hacia abajo hacia la contemplación de un sentimiento que parecía desorientarlo.

—Y qué más. Hay algo más en eso que me cuenta.

—Sí, hay una depresión enorme, que tiene que ver con el paso del tiempo. Montevideo seguía ahí, igual que hacía 40 años, cuando yo iba a jugar a la Asociación. Mientras yo no estaba igual —dijo abriendo sus manos y mirándolas por el anverso y reverso—. Yo estaba 40 años más viejo. Es decir, Montevideo se quedaba mientras yo me iba.

Otra vez se instaló entre nosotros un largo silencio del que salió Daniel sonriendo apenas y diciendo en voz muy baja.

—Hace unos días caminaba por la calle Cibils y de pronto irrumpió en mi memoria, o

en mi conciencia, un episodio sencillo ocurrido hace más de 50 años y que nunca más había recordado. Yo era un niño pequeño y caminaba de la mano de mi padre por esa misma calle por la que estaba caminando ahora. Mi padre iba apurado y no me hablaba. Yo llevaba en la mano un pedazo de alambre con el que, de tanto en tanto arañaba las paredes y que, de pronto, enganché en un balcón de hierro. Quise detenerme para recuperarlo, o no sé, pero mi padre iba con prisa y me arrancó de allí. Volví la cabeza y vi a mi alambre. Solo, balanceándose. Y nada más.

—Lo conté, casi, como si contara un sueño. Yo podría preguntarle "¿Qué siente que abandonó allí?"

—Y yo podría contestarle "Ya dije bastante. Dejemos esto. Cambiemos el paisaje".

—Está bien. Vayamos hacia su literatura. Usted muestra una gran preferencia por los mundos marginales, a los que describe con una prosa muy vital, muy eficaz.

—¿Qué le atrae de esos mundos?

—Tienen el atractivo de lo insólito, la violencia, la intriga. Son más interesantes que el establishment. A Grecia siempre la vemos a través de los filósofos o los generales. Quise mostrar además el otro mundo, el de las prostitutas, los rufianes, los esclavos. Sucede, por otra parte, que mi mayor especialización, en materia de cultura griega, está en la comedia. Y la comedia es la que más toca la marginalidad. Aristófanes.

—Usted en alguna entrevista dijo que leía pocas novelas.

—Yo leo poesía. Soy un consumidor asiduo de poesía. Novela poco, pero cuando leo, debe ser realmente novela.

—¿Qué es novela para usted?

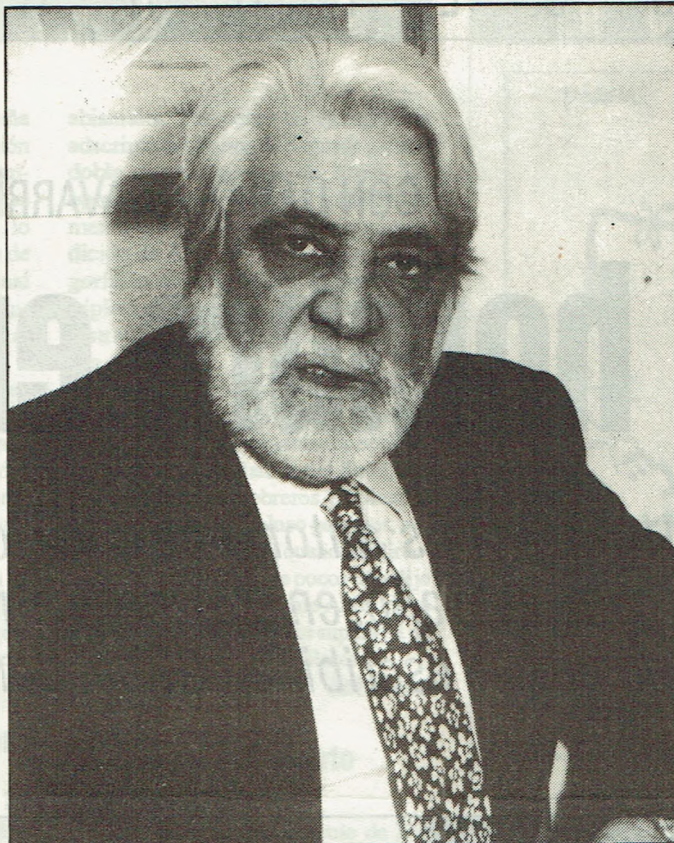
—A mí que no me den poesía por novela.

—¿Qué le pasa entonces con García Márquez?

—Uhhh... ése es un caso muy especial. Yo creo que en Cien años de soledad está lo mejor que se ha escrito en lengua española, después de Cervantes. Y fíjese que la trama casi no existe. Lo que hay allí es una saga. La historia de una familia.

—Y mucha poesía. Por eso le preguntaba.

—Yo la leo como novela. Y debo aclarar que cada vez que la leo me inundo de poesía. Sé que puede parecer contradictorio, pero es la total excepción. Otra cosa que no me aguantan es que me quieran dar reflexiones filosóficas como novela. Eso siento cuando leo



Yo leo poesía, novela poco, pero no aguanto que me quieran dar reflexiones filosóficas como novela

a Milán Kundera. Para mí la novela es peripécia, acontecimiento, intriga. Como decía Aristóteles "lo dulce y lo útil".

—Aunque en la época de Aristóteles no hubiera estrictamente novela.

—Es verdad, pero ya se trataba de teatro o de poesía épica, siempre había allí historias llenas de intriga, de sorpresa.

—Las dos novelas tuyas que conozco, *Allá ellos* y *El ojo dindymenio*, son, en el sentido que usted dice, paradigmáticas. Allí hay acción, aventura, suspense. Además de erudición. ¿Diría que son novelas policíacas?

—A pesar de que respeto la buena novela policíaca yo no termino de adherir a ella.

—¿Cuál es para usted buena novela policíaca?

—Raymond Chandler y Dashiell Hammet, que hacen un excelente retrato de la sociedad contemporánea al mostrar la corrupción de los policías, los senadores, etcétera. Ocurre entonces que, cuando a fines de los cincuenta descubro la novela de espionaje con John Le Carré y también los rusos, que tienen grandes escritores de novelas de espionaje traducidas en Cuba, me entusiasmo.

—No me habló de Simenon, ¿no le gusta?

—Ah, Simenon es fantástico. Tanto en la variante policíaca como en la psicologista.

—Usted entonces se prendió a la novela de espionaje. Pero hace mucho más que eso. *Pensemos en la última: El ojo dindymenio*. Allí no sólo relata acontecimientos. También hay un análisis del poder. Hay simbolismos que quienes quieren encuentran, pero también anécdota, intriga y personajes con toda

la pasión y las contradicciones que corresponde. Y todo eso ambientado en la Grecia de Pericles, siglo V. No sé cómo se le puede haber ocurrido algo así.

—No crea que es tan raro. Primero, somos herederos directos de esa cultura. Nuestra ciencia por ejemplo, más teórica que la oriental y nuestra cultura vienen de los griegos, no de los incas. Y si analizamos los problemas que vivía Grecia, veremos cuánta relación hay entre esos problemas y los nuestros de América Latina.

—Hablemos un poco de sus personajes. Sin necesidad de ser un especialista en historia griega, cualquiera puede ver que utiliza personajes que pertenecen a la historia de Grecia. En este momento recuerdo a Alcibíades, Pericles. Y otro que es muy importante en la novela, pero no sé si es real, el general Nicias.

—Nicias es real; es un personaje que Plutarco describe como extremadamente supersticioso.

—Sí, tenía aparte de los adivinos oficiales, los suyos personales. A sí que usted utiliza los personajes según la descripción de Plutarco.

Sí, aunque personalmente, suscribo lo que dice un gringo llamado Lewis, en un libro que hizo época: La historia recordada, rescatada, inventada. Allí sostiene algo con lo que estoy de acuerdo. La historia, en sus orígenes, es literatura porque todos los historiadores antiguos —empezando por Herodoto— están inmersos en el mito, en las evaluaciones personales. ¿Quién me asegura que Plutarco me dice la verdad, o que Platón me dice la verdad?

—En definitiva, que sus fantasías con personajes históricos están justificadas.

—Bueno, yo no las vendo como historia. Pero, además, creo que los historiadores inventan. Yo también invento. Y así podrá ver cosas que no están en ninguna otra parte.

—Y cosas que han sido inventadas por los que tienen permiso para inventar.

—Claro, los historiadores. En mi caso, y para hablar de los griegos, tomé sobre todo a Plutarco; aunque no es el único —dijo y miró por encima de mi cabeza una lámina en colores con una pareja de jóvenes roqueros mateando. Sonrió.

—Pero, además, ¿usted no cree que yo tengo derecho a opinar sobre la historia lo que me dé la gana?

—Sí, sí, claro. Descubrí que Alcibíades excita su imaginación. Usted ama a ese personaje.

—Sí, sí, es verdad. Es muy especial Alcibíades. Homosexual. Pero además, seductor de mujeres. Y al mismo tiempo campeón olímpico, tartamudo, y árbitro de la moda juvenil —se enredaba cintitas en el pelo y llegaba al ágora vestido de púrpura, cuando ningún ateniense usaba otro manto que no fuera blanco.

—Y también uno de los grandes discípulos de Sócrates.

—Y terriblemente cruel. Es un personaje total. Yo me enamoré de ese personaje, que, en la carrera de carros, estableció un récord no superado en siglos.

—Lo que le atrajo fueron todas esas contradicciones.

—Sí, esos violentos claroscuros que lo definen.

—Vuelvo hacia atrás e insisto. ¿Qué siente que abandonó en aquel balcón de la calle Cibils?

—Aquel alambre... Eso me pregunta. No significa nada hasta que, de ser un alambre en la mano, pasó a ser un alambre abandonado. El recuerdo me sacudió. Tal vez el simple hecho de haber vuelto a la infancia sin preanuncio, sin aviso. Porque así fue. Podríamos decir que me topé con ella en una calle de Montevideo o que ella me cayó encima con todas sus implicancias.

—¿Implicancias con qué?

—Con el tiempo, claro.